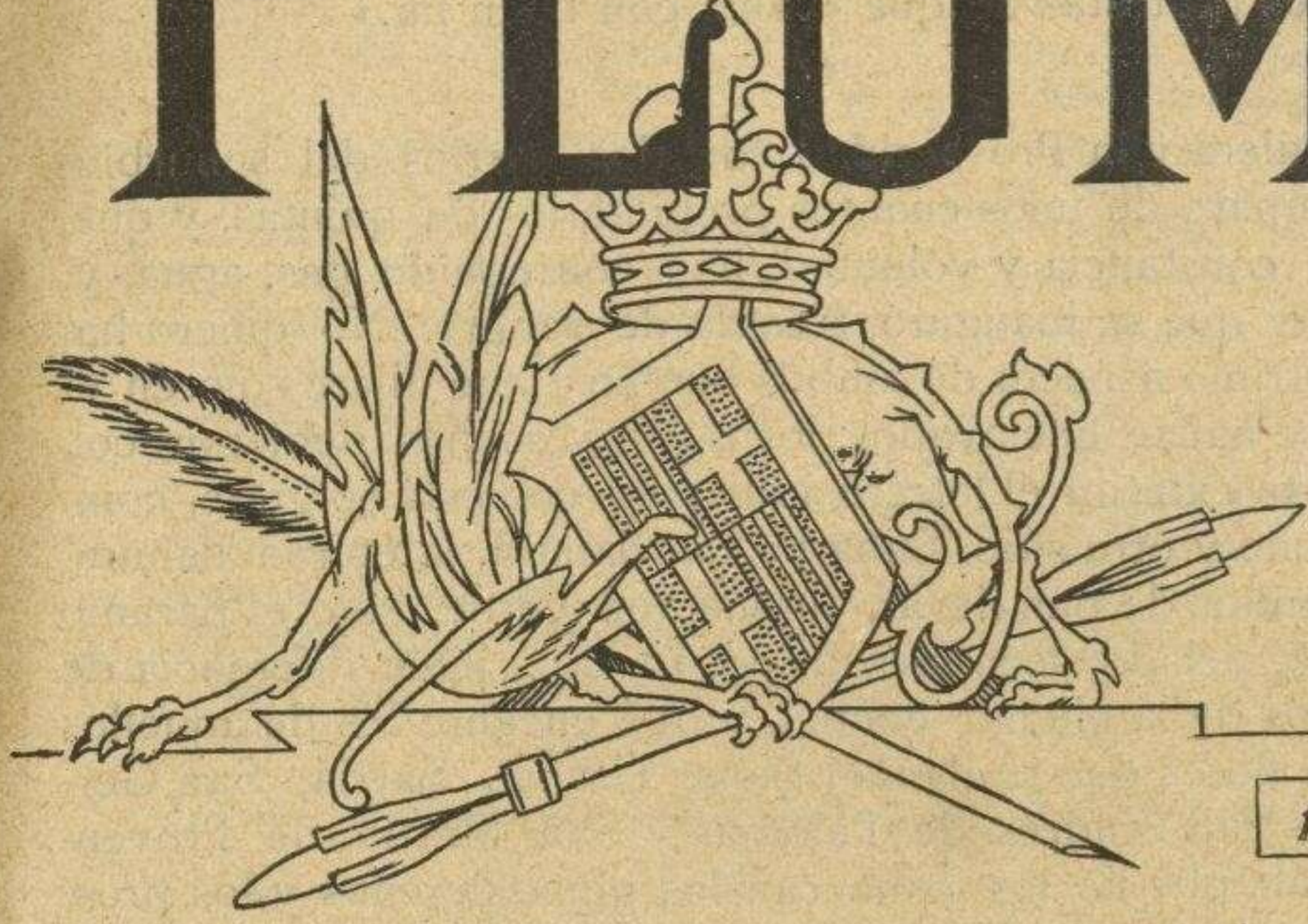


# PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO · LITERARIO · ILUSTRADO ·

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

*Fuentes*



«Peleon»  
95

¿LES GUSTO A USTEDES?





DESDE LA PUERTA DEL SOL

**P**UES señor, que vá á ser preciso declarar contumaces y sujetos á la vigilancia de la policía los tiempos mitológicos. Mientras las rivalidades de Venus y Juno por el corazón de Marte, y la tunantada de París robando á la esposa de Menelao, no salvaron los límites de un exámetro, resultaban inofensivas, ó dañaban sólo, si acaso, á los alumnos de las cátedras de griego, obligados á saber, en su propia lengua, las desvergüenzas y ternezas que se cruzáran entre héroes y diosas. Pero ya no podemos seguir así. Un día es Jove que tiene un cólico cerrado, de ambrosía, en el

Pindo; otro es Elena que, faltando á la tradición, despacha á un hombre en Troya de un navajazo, en defensa de su honra en peligro.

Ha sido una resurrección singular de lo clásico; diríase una venganza de este fin de siglo naturalista y soez, ávido de salpicar con sus detritus la serena estatua de mármol pentélico de la antigüedad. El hecho de Troya, en Sevilla, conserva una grandeza augusta, hay en él algo de virilidad espartana; pero el del Pindo, de Galicia, resulta solo pasadero para el bueno de Sancho Panza, esclavo y adorador de su vientre. De hoy en adelante, los poetas de odas no podrán invocar á las musas sin taparse la nariz con los dedos, por mera precaución, ni hablar de la lanza, sino de la faca helénica... ¡Cómo cámben los tiempos!, que dijo el sainetero célebre.

\* \*

Es justa, justísima la protesta. Las cosas han llegado á un extremo que no se recuerda otro tal ni aún en las dictaduras más ominosas de la historia pátria y ajena.

Hasta la presente iban viviendo con su despachito de vino (de alguna manera se le ha de llamar), y sus cuatro tablas de bacalao y dos fuentes de judías, defendiéndose, como podían, del continuo riesgo de las broncas, (uso el dialecto del gremio), cuando hé aquí que al ministro de Hacienda se le ocurre crear el impuesto de patentes de alcoholes. A los sacerdotes de Baco dióles un vuelco el corazón, y se aprestaron á la defensa, pero sin precipitarse, con mesura. ¡Pero ese diablo de Gamazo debe de hallarse inspirado por Luzbell... A renglón seguido presenta otro proyecto de arrendamiento del canal de Lozoya, y esta última medida si que ha llevado al ánimo de los taberneros una alarma delirante... ¡Cómo!... Gravar los alcoholes y dar á la explotación particular el usufructo del Lozoya. ¡Imposible consentirlo!... El contratista, en uso de su derecho, elevará los precios del agua, y ¡adiós industrial!... La no conversión del peleón al catolicismo significa la muerte del negocio, la ruína... Cabe transijir con los más duros gravámenes, siempre que no se estorbe el libre ejercicio del sacramento del bautismo... ¡Ahora sí que tienen derecho á decir los perjudicados que les rompen la crisma!...

\* \*

¡Ay amor, cómo me has puesto!, dirá el infeliz cuando pueda decirlo, porque lo que es hoy no creo yo que esté para soliloquios. El caso es que el pobre mozo tenía una novia, cosa muy natural en la juventud, en que el corazón «quiere salirse del pecho» á tomar el aire; que la novia vivía en los cuatro Caminos, y que el galán charlaba con ella por las noches, lanzando un silbido al llegar al sitio de la cita, para que la dama se enterára de su presencia.

¡Ah influencia nunca bastante combatida del romanticismo, que durante muchos años se nos ha metido, y sigue metiéndose, por debajo de la puerta, á cuartillos (de real)!... ¡Oh funestos y aterradores efectos de la popular novela por entregas! El novio se percató del lugar de la escena, la vió solitaria, medrosa, llena de misterio; se acordó de Ortega y Frías y de Fernández y González, y no vaciló en escojer la contraseña: silbido. Creo que la prosa de la vida metió... el pié, y quiso la pícara casualidad que los matuteros adoptáran la misma señal para sus alijos. Con lo que la otra noche, los guardias de consumos que andaban al acecho, escucharon el «agudo

silbo de D. Juan», y le molieron á palos, sin que le sirvieran al enamorado sus protestas de que «venía con buen fin.»

\* \*

La Guindalera y la Prosperidad son dos barrios del suburbio, nacidos al amparo de unos cuantos propietarios de quintas, y que, en fuerza de constancia y voluntad, han conseguido gas, agua, y, desde anteayer que se inauguró, tranvía de sangre. No quiero hablar del misérrimo aspecto de ambos pueblos; me fijaré sólo en el sitio en que se hallan enclavados; los nuevos coches debieran colgar en su parte exterior el letrero indicador con este epígrafe, comprensivo de uno y otro sitio: Sahara. La llanura, la eterna llanura, pero no la llanura de pan llevar, alguna vez verde, sino el páramo eterno, yermo, pelado, seco, desabrido, pardo... ¡Qué diferencia de alrededores los de la ciudad condal, y qué encanto los de aquellos canastillos de flores que se llaman Sans, Gracia, Sarriá, San Gervasio, Horta, San Andrés de Palomar y San Martín de Provensals!... Más vale que no los conozcan los guindalereños y los prosperidenses, (buen par de derivados), porque se les haría imposible la vida en sus terrones manchegos...

\* \*

—¡Desde antes de casarme soy un hombre que delira por la Concha!...

La mujer finje que no lo ha oído, y, al despedirse los dos amigos, le dice á su marido, con enojo y misterio, sin comprender que se refiere á la playa de San Sebastián:

—Para que una se fíe de vosotros, ¡y la esposa de Rodríguez se llama Julia!...

ALFONSO PEREZ NIEVA

NUESTRO GRABADO



ONOCIDO es del público el asunto del hermoso cuadro de D. A. Gisbert, que reproducimos en la plana central del presente número, para que tengamos que explicarlo detalladamente á nuestros lectores.

Padilla, Bravo y Maldonado, los defensores de los *fueros*, que se alzaron valientes contra la tiranía despotica de Carlos V, después del glorioso combate de Villalar (1521), en el que lucharon heroicamente contra las tropas reales, fueron hechos prisioneros y, sentenciados á muerte, decapitados en Villalar al siguiente día.

El Sr. Gisbert ha sabido de tal manera recordarnos la gloriosa muerte de aquellos héroes, que, más que todo lo que pudiéramos decir con palabras dice la vista de su magnífico cuadro, siquiera sea en una copia imperfecta.

COMPRA Y VENTA

—La quiero, si, la adoro con un amor inmenso; la busco, porque verla es toda mi ilusión. Me da calor y frío siempre que en ella pienso, y al verla, en la garganta me late el corazón.

Al contemplar aquellos encantos primorosos, me siento poseído de espasmo singular. Y cuando quiero hablarla, mis labios temblorosos no pueden ni siquiera su nombre articular.

Yo tuve otros amores; hallé en otras mujeres hermosas alegrías y goce encantador; y hoy diera hasta el recuerdo de todos mis placeres, porque ella, un sólo instante me mire con amor.

Ya sé que ella es de roca, y que de amor la llama

jamás en aquel pecho su altar encontrará. Eso mi amor no entibia, que finja, si no ama; no importa, que, aun fingido, su amor me encantará.

Si el oro, ser pudiera señor de la que adoro, tras él yo correría con sórdido interés, hasta tener un día riquísimo tesoro, para rendirlo luego á sus divinos pies.

Dile que si esperanzas de su piedad merezco, si de su alma una fibra consigo hacer vibrar, hoy, cuanto tengo y valgo solicito le ofrezco, aunque después me fuera preciso mendigar.

—Pues piensas de ese modo, basta; su amor es tuyo, por menos todavía lo puedes conseguir.



IV

DE MADRUGADA

En un restaurant; señales de desenfrenada orgía; cuentos verdes, alegría, dos ó tres horizontales.

Hasta el más torpe se ingenia para conseguir del vino algunos chistes. —Di, Trino; ¿me regalas la gardenia?

—Toma. —¿Losientes? —No tal. ¡Sentirlo yo! —Y, dicho y hecho, pasé desde el frac, al pecho, de la infame horizontal. ¡Qué blasfemias escuché!

¡Qué honras salieron á plaza! Por fin, paré en una taza con residuos de café.

Más tarde... —mi desventura dejar callada no quiero— fui desde allí... al fregadero, y después... ¡á la basura!

V

Si amor es flor, necesita, quien ame con honra y bien, ver, al entregarlo, en que pecho lo deposita.

RAFAEL MARÍA LIERN

MENDICIDAD Y POBREZA

ACE algún tiempo se reunieron solemnemente unos cuantos caballeros muy respetables, bajo la presidencia de una autoridad, tan alta por sus funciones como por sus circunstancias físicas, y después de convenir en la imprescindible urgencia de que no fueran las calles de la Côte sucursal de cualquier carretera del antiguo régimen, por el número de sus mendigos, convinieron en la necesidad de remediar tan grave daño. Y, así como el hidalgo de Argamasilla no quiso dar comienzo á sus espantables aventuras, sin asignarse previamente su nombre sonoro, predestinado por él á la celebridad y á la gloria, así también los nuevos caballeros andantes comenzaron por titularse modestamente «Protectores de los pobres», título á su entender llamativo, eufónico y apropiado á los altos fines que se proponían conseguir.

Respecto al procedimiento para llevar á la práctica su acariciado propósito de desterrar la mendicidad, limitáronse por el pronto á una simple sustitución, encargándose ellos de postular para los mendigos, y utilizando, como primera providencia, un Asilo ya existente, y hasta entonces costeado por el bolsillo particular de un ilustre hijo del trabajo, á quien cariñosamente llamamos *Don Manuel* cuantos nos honramos con su amistad, prescindiendo de lo de Marqués, que no ha conseguido añadir un solo quilate á sus notorios merecimientos.

Todo esto era muy laudable; el vecindario madrileño lo conceptuó así y vació sus bolsillos en el arca de la nueva sociedad, surtiéndola á la vez de importantes elementos para el sostén de su casa-matriz, y entregando mil cachivaches de diverso mérito y relativo valor para la *Kermesse* anunciada y cuyos productos habían de redundar en aumento del fondo social.

Después, el vecindario en cuestión respiró desahogadamente, y como diciendo para sí:

—¡Eal! Ya no tenemos pobres, gracias á las protestas de los mismos. Señalamos con piedra blanca este día, llamado á ser por siempre memorable en los fastos de la Villa y Côte.

Pero, ¡qué desencanto el de todos los que vivimos en Madrid, cuando salimos á la calle!

Los mendigos nos salen al paso, nos cortan el camino, nos obstruyen las aceras, nos acompañan siguiendo calles y plazas enteras; brotan de las piedras, de las esquinas y de los portales; los hay de pie, sentados, tumbados en posición supina y arrodillados; los hay en carros y en borricos; los hay que lloran, que cantan, que declaman y que agarran; los hay, hasta que amenazan y hasta que pegan. Innumerables variedades, entre las que figuran todas las rarezas teratológicas, han acampado en Madrid, convirtiéndolo en un aduar africano y renovando aquellos felices tiempos en que se desconocían ordenanzas municipales y otras manifestaciones del progreso moderno.

La viuda con cuatro hijos; la que tiene á su marido cesante desde hace ocho años; el que no se ha desayunado á las doce de la noche, aunque, según el olor, ha debido matar el gusanillo varias veces; el que tiene *¡un hambre!*...; el que pide que se le compre un panecillo para comérselo delante del comprador; el que está enfermo del pecho; el que une á la industria de vender periódicos la de pedir limosna; la procaz muchachuela que pide diez céntimos á los viejos; los que utilizan á las criaturas para excitar la compasión; el albañil á quien, desde hace diez ú once años *acaban* de cortar una mano... he aquí algunas de las individualidades que muchos de nuestros lectores indudablemente reconocerán.

Muchos de estos mendigos, deben, por las señas, formar gremio, como lo demuestra el hecho de haberse reunido hace meses los cojos y los mancos, para pretender que se les agraciara con destinos administrativos, anunciando que, de no contestarse á su *ultimatum* de modo satisfactorio, se hallaban dispuestos á no aban-

donar su lucrativa industria, por muchos asilos que se creasen y muchos fondos que para su sostenimiento se recaudáran.

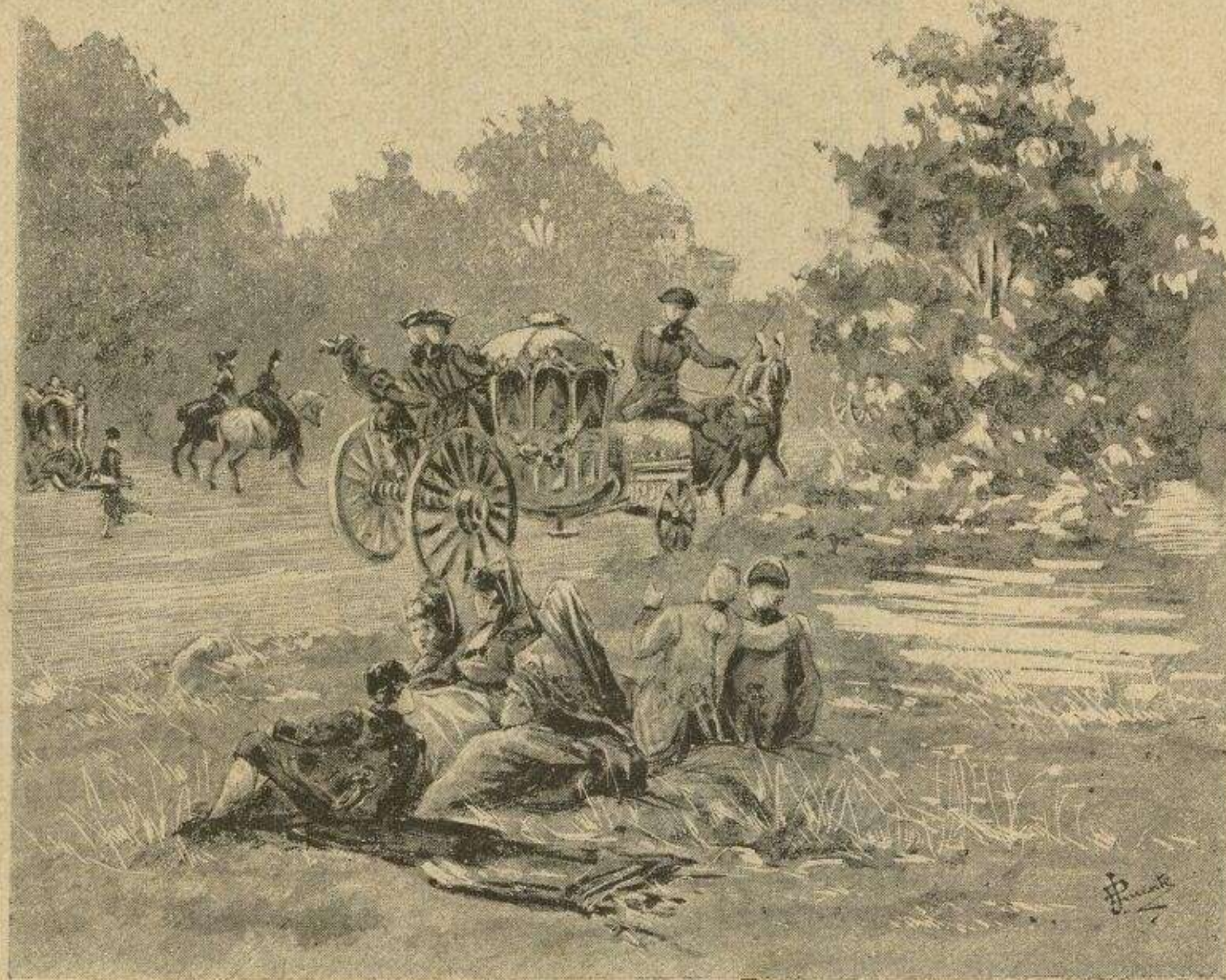
La caridad madrileña es muy grande, pero generalmente se halla mal encaminada. Acaso enriquece al que ejerce en las calles de mendigo, siendo propietario cubano, mientras olvida á las pobres familias de la clase media, que agonizan en frías guardillas ó buscan inútilmente trabajo antes que tender la mano al transeunte. Acaso tiene pensionados á determinados mendigos de punto fijo, en tanto que renuncia á las empresas que pudieran dar trabajo al desocupado bracero.

De aquí que los verdaderos pobres sigan abandonados, en tanto que los mendigos, en un día de alarma económica, se revelan como acreedores importantes de la caja de ahorros, ó ejercen el préstamo menudo al corto interés de real por duro á la semana, ó sea al 265 por 100 anual, ó mueren asesinados por la codicia que inspiran sus tesoros, ó dejan al morir un vestido viejo con forros de billetes de Banco ó un tosco puchero á medio llenar con monedas de oro.

Muy buena, muy noble y muy santa es la caridad; pero antójameme que la inmensa mayoría del vecindario madrileño la ejerce mal, y hasta sospecho que los Protectores de los pobres no siguen el mejor camino para merecer su nombre.

Que el problema es complejo y de difícil solución, ni puede ocultármeme, ni á sabiendas he de ocultarlo yo, pero acaso con buena voluntad se conseguiría facilitar. Bastaría para ello que en la novísima sociedad hubiera una sección informadora que quisiera llenar su cometido, y acaso tropezaría entonces con el mendigo de venerable cabeza, á quien un pintor ofrece cinco pesetas por sesión y las renuncia porque en su puesto gana mucho más; acaso diera con el niño á quien se ofrece un asilo y educación, que sus padres rechazan sonriendo socarronamente; acaso comprobara que hay acogidos en bien montados establecimientos benéficos, que se escapan de los mismos para seguir la aventurera vida del arroyo, ó fuera necesaria la intervención de la justicia para evitar la explotación de famélicos y ateridos niños, obligados á llevar á la taberna en que les aguardan sus empresarios, el fruto de la pública conmiseración. Cuando esto ocurra, se habrá dado un paso decisivo para que no sea Madrid una nueva Côte de los milagros, como la escrita por Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, ó la analizada por Victor Hugo en *Notre Dame de París*.

M. OSSORIO Y BERNARD



SANTIAGO EL VERDE

Este, madre, es Santiago, Santiago el Verde, quien bajó sin amores con ellos vuelve. (Lope.)

I

El juicio perdió la villa, pero ¿qué de extraño tiene, si hoy se celebra la fiesta que llaman *Santiago el Verde*?

Las dos há poco sonaron, el sol se muestra esplendente; que hasta el cielo en este día mostrarnos sus galas quiere.

Por la puerta de Vallecas en larga fila descienden, literas, sillas de manos, carrozas y palafranes.

¡Cuánta basquiña enfaldada! ¡Cuánto rizado copete! ¡Y cuántas piedras de luces que el sol con la suya enciende!

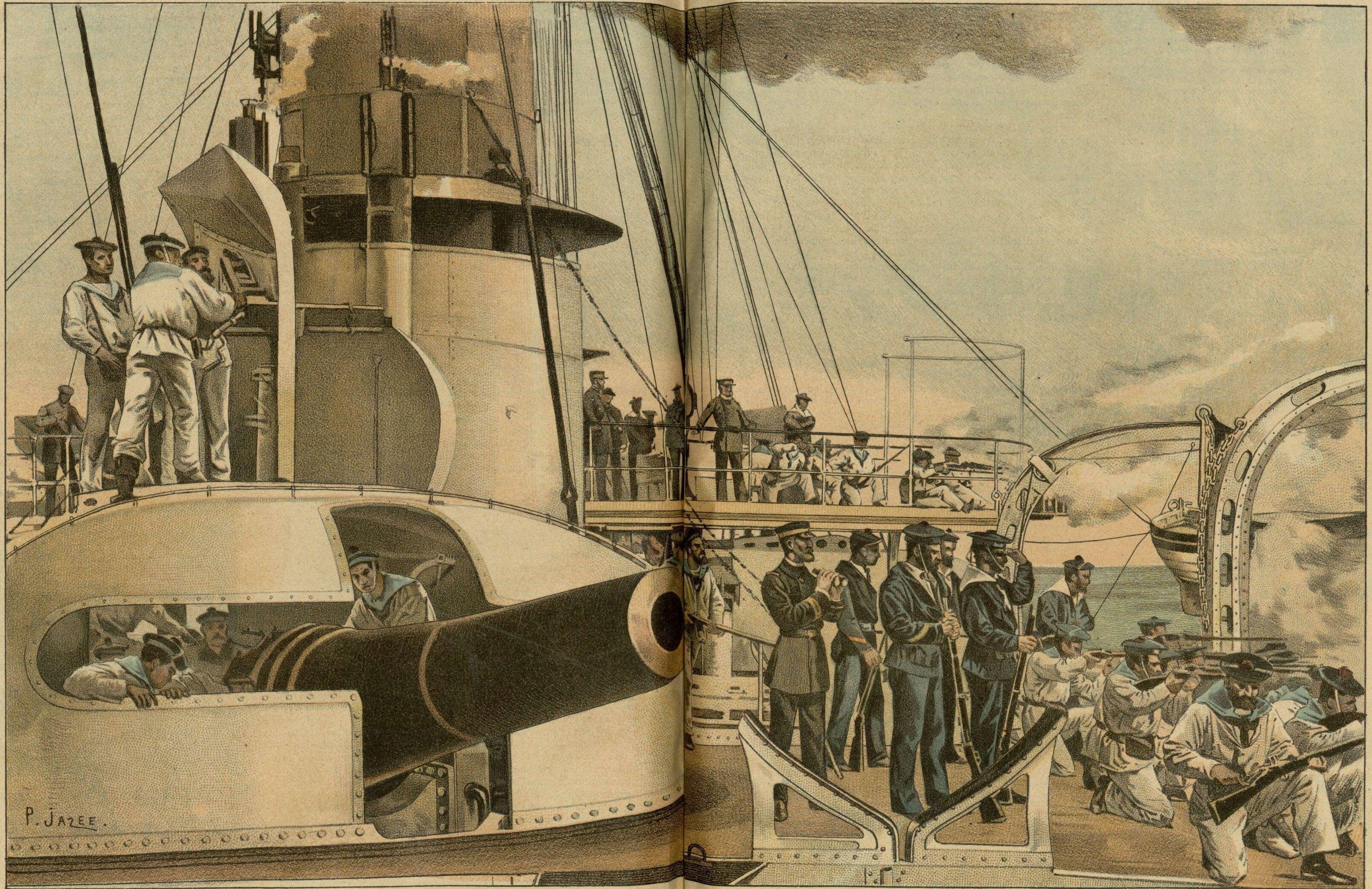
¡Cuánto galán, ayer tarde en manos de ginoveses, por dar hoy coche á su dama dejó preciados joyeles!

Cada carroza por dentro mayo abreviado parece, en que las más bellas flores dán su perfume al ambiente.

Los galanes al estribo rigen fogosos corceles, que se muestran orgullosos del lujo de sus arneses.

Ternezas pueblan el aire, quejas se escuchan á veces,





Maniobra a bordo



y, como siempre, las dueñas roncan ó fingen que duermen.  
 Más de un corazón se quiebra, más de un manto se desprende, más de una dama se turba, más de un lucido enloquece.  
 Y en medio de tanto lujo también se mezcla la plebe, que si en galas la aventajan nadie la gana en lo alegre.

II

Mas ya es justo hallar reposo, por mas que el ruido y la gente el cuarto de legua andado nos haya fingido breve.  
 ¡Bravo lugar es el Soto! Por Dios, que en él no se advierte las galas y los primores, con que nos le pintan siempre.  
 Todo su encanto consiste en unos islotes verdes, á que humilde, el Manzanares, casi ni á besar se atreve.  
 Algunos mezquinos olmos, tan escasos como endebles, ni á prestarle sombra bastan ni darle frescura pueden.  
 Y unas cuantas piedras pardas, que entre la yerba oscurecen, al cansado caminante con muda elocuencia advierten que los que hoy de fiesta bajan llegaron allí otras veces, á San Felipe y Santiago á rezar devotamente.

III

Mas, por Dios, que si el Sotillo

de los encantos carece que á pintores y poetas debe en plumas y pinceles,  
 La fiesta en él celebrada tales esplendores tiene, que hace del Soto, en tal dia, un paraíso perenne.

Por esos las mozas cantan, los mozos bailan alegres y las bienhinchidas botas raudales de aloque vierten.

Repican las castañetas, gimen los roncós rabeles, y se quejan las vihuelas y truenan los panderetes.

La gente noble se luce, la villana come y bebe; pero es lo cierto del caso que unos y otros se divierten.

Sólo porque haya de todo alguna vez acontece, que, los que á copas jugaban, su ganancia á espadas meten;

Y es cosa de ver entónces con que prisa desaparecen las varas y las golillas de alguaciles y corchetes.

IV

Tal era, lector, la fiesta regocijada y alegre que dió ocasión á que Lope una comedia escribiese.

Tal, por mas que ni vestigios de todo su encanto quede, fué la alegre romería que, en el siglo diez y siete, dió al primer día de mayo nombre de *Santiago el Verde*.

ANGEL R. CHAVES

lus: las ranas de los charcos saludan á la noche vecina con su sempiterno *cloá, cloá*....

¡Ha llegado la hora de las canciones!

Escucha la mía, hermosa castellana.

Invoco á Venus, la diosa del amor. Invoco á Cupido. El ha de tender su carcaj hácia la saetera tras de la cual adivino el corazón de la doña Luz de mis trovas. ¡Haga el cielo que la saeta del niño vendado toque con su punta de oro el pecho de la más hermosa de las mujeres!...

Escucha mi canción.

Las cuerdas de mi cítara quisieran vibrar por tí como suspiros de ruiseñor que canta su amoroso entusiasmo... Pero, mis sonos van al águila que tiene su nido entre los muros de inexpugnable fortaleza.

Viajero á través del mundo, sin otro bagaje que cántigas é historias romancescas, he hecho alto en mi eterno caminar... Tu hermosura es el abismo que me detiene... ¡Malhaya yo, que no puedo ofrecerte ejecutorias de realeza! ¡Malhaya mi nombre, que no se ha inmortalizado como el de los caballeros, en sangrientos combates y arriesgadas empresas! ¡Malhaya yo, que no traigo botín de guerra que poner á tus plantas, ni he de atravesar el puente levadizo de tu castillo al frente de lucida tropa!... Mis blasones son mis cantos: en mi escarcela jamás hallaron abrigo las doblas: el mundo es mi patria: mi estrella la que por modestia de no amenguar el brillo de las del cielo, está oculta entre estos muros.

Ablande tu pecho mi trova. Olvida que descienes de reyes por tu nombre y de ángeles por tu belleza. Olvida que es un trovador el que pretende ser tu esclavo, olvida el mundo, olvida que tu padre está ausente peleando contra el infiel. Olvidalo todo. El amor es un mundo aparte, en el que no alientan más que dos almas....

II

¡Huyamos! Escucha el piafar impaciente del corcel atado al tronco del roble... Nos aguarda... No temas ningún peligro, Luz de mis amores... Iremos á tierra extranjera, y por tí, lo que no alcance el trovador lo alcanzará el caballero. Me siento ambicioso, y sabré conquistar el mundo palmo á palmo para regalarte como á una reina... ¡Y tú lo eres de mi corazón!... ¡¡Huyamos!!...

III

¡Tanta dicha es imposible!... Tengo miedo de perderte, Luz de mi vida... Desmaya mi corazón en tus brazos, y cada hora que me roban tus caricias es una hora que pierde mi ambición... No me miren más tus ojos de fuego... No me toquen más tus labios que, como cerezas bañadas por el sol, quemán los míos... Desnuda tus brazos que parecen cadenas de hierro revestidas de nácar... Nos encontramos en país extraño, y es preciso que vaya yo á la corte á buscar para tí honores y riquezas...

IV

¡Adios, Luz!... A tu cuidado queda Pero Diez. Es un buen amigo, á quien quiero como á un hermano... El lo será tuyo... No me olvides... Parto henchido de esperanza... Volveré pronto á tus brazos y... ¡jamás nos separaremos!... ¡Un beso más!... ¡Adios!... Estrello mi cítara... ¿para qué me sirven sus sonos? Voy en busca de una espada, y huelga que haga el viaje como trovador... ¡Otro abrazo!... ¡¡Adios, mi Luz!!..



AYER COMO HOY

I

La tarde declina: en el cercano otero cae el sol melancólicamente: las aves del bosque se cobijan en sus nidos: los labriegos tornan á sus casas: las mozas van en pos de las carretas cargadas de mieses: las campanas de la iglesia tocan el *Ange-*

CANTARES, POR FRADERA



1.—¿Vienes de América y traes el alma y el cuerpo juntos? ¿Pues no dicen que las almas no vuelven del otro mundo?



2.—Me he de comprar unos lentes, lentes de disminución, para mirarte esa boca que más que boca, es buzón.



3.—Lo que haces tú con tus hijas hago con un duro falso; lo presento en todas partes pero en ninguna lo paso.



V

Habla, Pero Diez: ¿Y Luz? ¿Y mi amada?...

—.....  
Sí: larga ha sido la ausencia: tres años: tres siglos... Pero...  
¿y ella?...

—.....  
¡Por Dios! No me impacientes con tus preguntas. Tiempo habrá de contaros mis conquistas en la guerra, y los favores que el rey me ha otorgado... Pero, ¿y mi Luz, donde está que no viene?...

—.....  
¿Que ha huído?... ¡¡Mientes!!

—.....  
¿Con un rico caballero?... ¡¡Mala hembra!!

—.....  
Desengáñate, Pero Diez; ¡no me amaba!... Se hastió de mí. La he servido de capricho... El águila ha vuelto á remontar el vuelo, dejando burlado al humilde ratoncillo que se atrevió á igualársele... ¡Terrible enseñanza!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

¡QUÉ OCURRENCIA!...

Á comprar un motor, fué cierto día un español á Francia, y al preguntar la fuerza de uno de ellos en un gran almacén de maquinarias, dijeron: «Diez caballos y un borrico», en lengua chapurrada, creyendo que *borrico* era sinónimo de *medio*, en nuestra habla.

Convenido ya el precio, lo mandaron á España, y una vez en Madrid, lo colocaron en una finca *ad hoc*, que destinaban para una nueva industria, que había de ser honra de la patria.

Al acto inaugural, invitó el dueño á la prensa diaria y á una porción de amigos, para que vieran funcionar sus máquinas, que el *motor* movería por la ciclópea fuerza de sus válvulas.

Todos enaltecieron, al ver éste, su construcción, bonita y esmerada, y esperaban con ansia manifiesta verlo ya puesto en marcha, para apreciar la sin igual valía de su fuerza titánica.

Transcurrido un buen rato y queriendo probar su fuerza máxima, comenzaron á hacerle funcionar y, ¡oh, terrible desgracia!... estupefactos se quedaron todos al ver que funcionaba una máquina sola y además, con gran pausa...

Ante tal desengaño, el dueño prorrumpió en quejas amargas, y al verle presa de aficción tan grande, trataron de calmarle... Cosa vana, pues seguía el pobre hombre maldiciendo de rabia.

—¿Qué fuerza le dijeron que tenía ese motor, en Francia?...

—preguntóle un amigo.  
Y el industrial, con frase entrecortada: —¡Diez caballos y un burro!...—le contesta— ¡siendo su fuerza por demás escasa!...

Y un chuseo periodista que presente se hallaba, dirigiéndose al dueño, fué y le dijo con mucha seriedad: —¡La cosa es clara! ¡eso es que se han marchacho los caballos... y el burro es solamente quien trabaja!...

ABRAHÁM LIMORTI

EL TEATRO DE LA VIDA

I

no quiso ser bocado á su lascivia.

No sé, pero, tal vez por su inocencia velaba Dios, ó el diablo se dormía, ó acaso sin dormirse la ayudaba á subir bien arriba, bien arriba, para que, estando ya cerca del cielo, fuera después más grande la caída. Lo que sé es que, aunque sola y sin amparo, la *tiple del pudor*, como decían entre inocentes risas, cuando hablaban dentro del escenario sus amigas, veía caer á todas en el lodo, y ella lo pisoteaba y no caía.

II

Representaban *Fausto* aquella noche, y era la *Margarita* la otra tiple, una tiple tan ligera, que ya había corrido y aun corría por los brazos de todos los gomosos, por los cuartos de todos los artistas. Voz no tenía apenas, y arte menos, como los abonados ya decían; pero, en cambio, ¡qué trajes más hermosos! ¡qué alhajas tan riquísimas! y las maneras... ¡pero qué elegantes! y las formas... ¡qué formas tan divinas! Por eso acaso el director de escena (el que de *Mefistófeles* hacía), quiso, á la tiple sin pudor, alzarla hasta á hacer el papel de *Margarita*; por eso y porque quiso ser el *Fausto*, en el cuarto, de la otra, de Angelina, (un *Fausto* enamorado de la carne con esa hambre voraz que dura un día), y ella, sorda hasta al *aria de las joyas*,

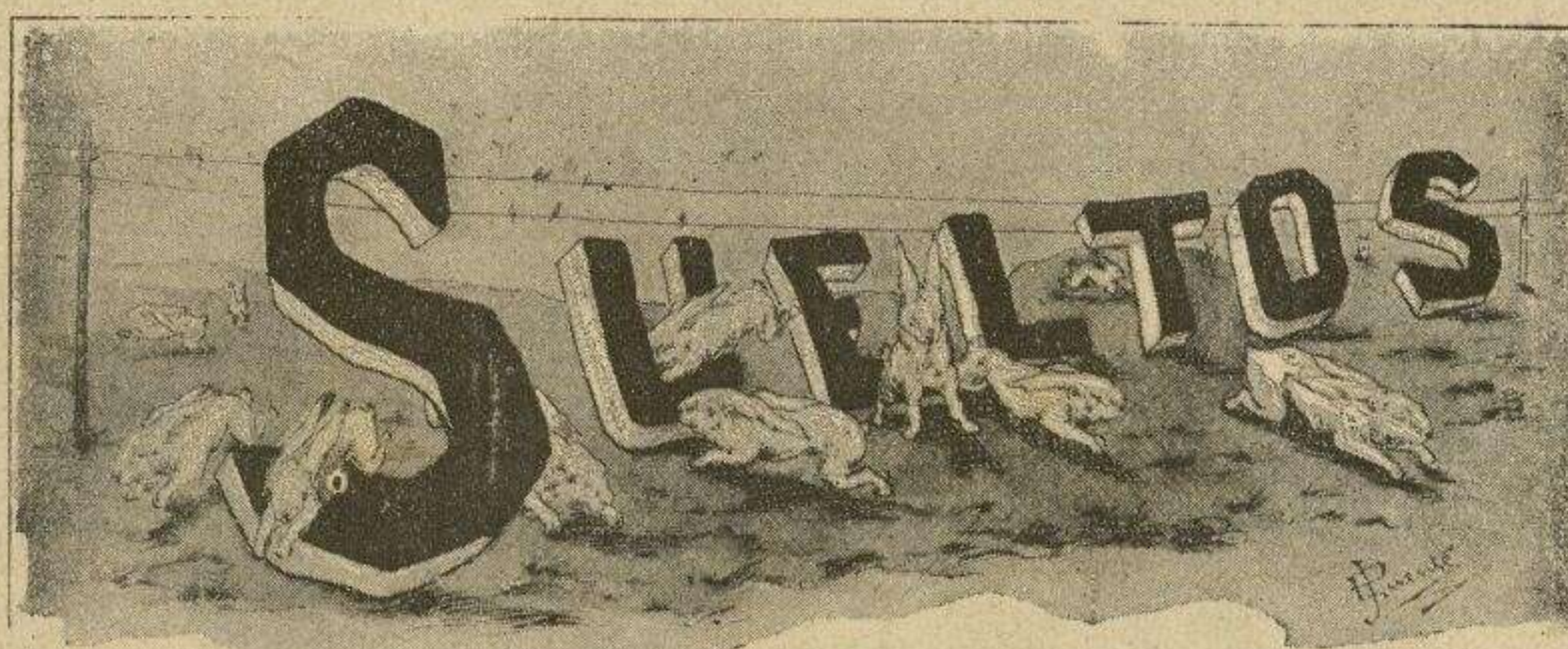
III

La obra acababa... En su pequeño cuarto, sola y triste Angelina, está, sobre el diván de terciopelo, medio dejada caer, medio tendida, y oye la ronca voz de *Mefistófeles* que, fuera ya de escena jura y grita, dando órdenes que cumplen renegando arriba, en el telar, los tramoyistas. Al oírle, estrujando su pañuelo se extremece y suspira, murmurando, con voz que oye ella apenas: —Despedida... por buena. ¡Despedida!

Como lejana tempestad, de pronto, en medio de una inmensa gritería, oye el aplauso delirante y loco con que el público llama á *Margarita*, y al ruido del laurel y las coronas, que, al caer desde allá arriba se besan en el aire, con el beso de la gloria soñada que ella ansia, temblándole los labios encendidos, como un clavel al soplo de la brisa, murmura, conteniéndose las lágrimas: —¡Madre! ¡Que falta me haces, madre mía! y mordiendo el pañuelo con la rabia de una serpiente herida, sacude luego los tirantes nervios, alza la frente y se levanta altiva... para volver á caer deshecha en llanto sobre el rojo diván desfallecida...

En tanto *Mefistófeles*, oculto detrás de una cortina, clava en ella sus ojos que echan fuego y dice sonriéndose: —¡Ya es mía!

MARCIAL DE LOS RIOS



\* Noches pasadas detuvo la policía á cinco sujetos de malos antecedentes.

Uno de ellos era un famoso atracador, al cual se le ocupó una faca con la inscripción siguiente: «Defenderé la honra de mi amo.» Y piensa uno: ¿Para qué llevaría ese hombre la faca? Porque... ¡para defender la honra de un famoso atracador!...

\* \* \*

Era de noche. La luna extasiada se miraba en la luz, que reflejaba sobre el magestuoso mar, y, las nacaradas ondas juguetonas se mecían, y, unas tras otras, huían para de nuevo tornar.

En mis brazos, temblorosa juraste ser siempre mía. Hébrida de gozo latía la sangre en mi corazón.

Dos lágrimas, de tus ojos por desasirse lucharon, y mis labios las secaron al fuego de su pasión.

Avergonzada y celosa corrió la luna á esconderse allá do pudiera verse á solas para llorar... Se oyó un lejano gemido; rugió el mar desenfrenado, y de entonces no ha cesado aquel murmullo del mar.

R. BERTRAN

¡FIENSE USTEDES!

Viene, hace tiempo, un chiquillo, con un piano en carretillo, á hacer una *gran parada*, y á tocar el organillo frente á donde está situada mi vivienda, y me encocora oír, durante una hora, de mis timpanos en daño, Hugonotes ó Dinorah doscientas veces al año. Tengo, además, un vecino, que se llama don Sabino y es una buena persona; hombre á quien, de atento y fino, su cara risueña abona. A él, como á mí, le exaspera la música callejera, y conmigo disparata en cuanto oye una habanera que empieza á darnos *la lata*. Maldice al Ayuntamiento, llama al chiquillo jumento, y el chico, al oírle gritar, ¡qué ha de hacer, sino aumentar la *tabarra* de instrumento!

Pero es el caso, señores, que un día, de los mejores que Mayo traer podría, me hizo pasar mil sudores el *piano de cada día*. Y cuando, desesperado, y aturrido y fastidiado, fui mi pena á desahogar en el vecino de al lado, y en su casa ya iba á entrar, *me obsequiaba* el del piano, sin dar descanso su mano al manubrio maldecido, con cierto baile cubano de lo más *corto y ceñido*. Aun más me desesperé; la casa veloz crucé, y hácia la cocina fui; al llegar hácia ella, oí hablar bajo, y allá entré en busca de mi vecino, para trinar contra el *sino* y la *suerte despiadada*, ¡y me encontré... á don Sabino bailando con la criada!!

L. PARDO IRULETA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. M.—

¿Odas, en serio, al amor?  
¡Apártese, por favor!

Rofer.—¿Qué hemos de hacerle? No podemos dar gusto á todos, por más que lo deploremos.

T. de M.—*Madrid*.—No está mal pero todavía, para llegar á la talla, le faltan unos cuantos dedos.

T. B. O.—Sí; yo también *te-ve-o*... las orejas y todo, detrás de ese soneto de 24 versos octosílabos.

A. R.—Ahí va el *poema*:

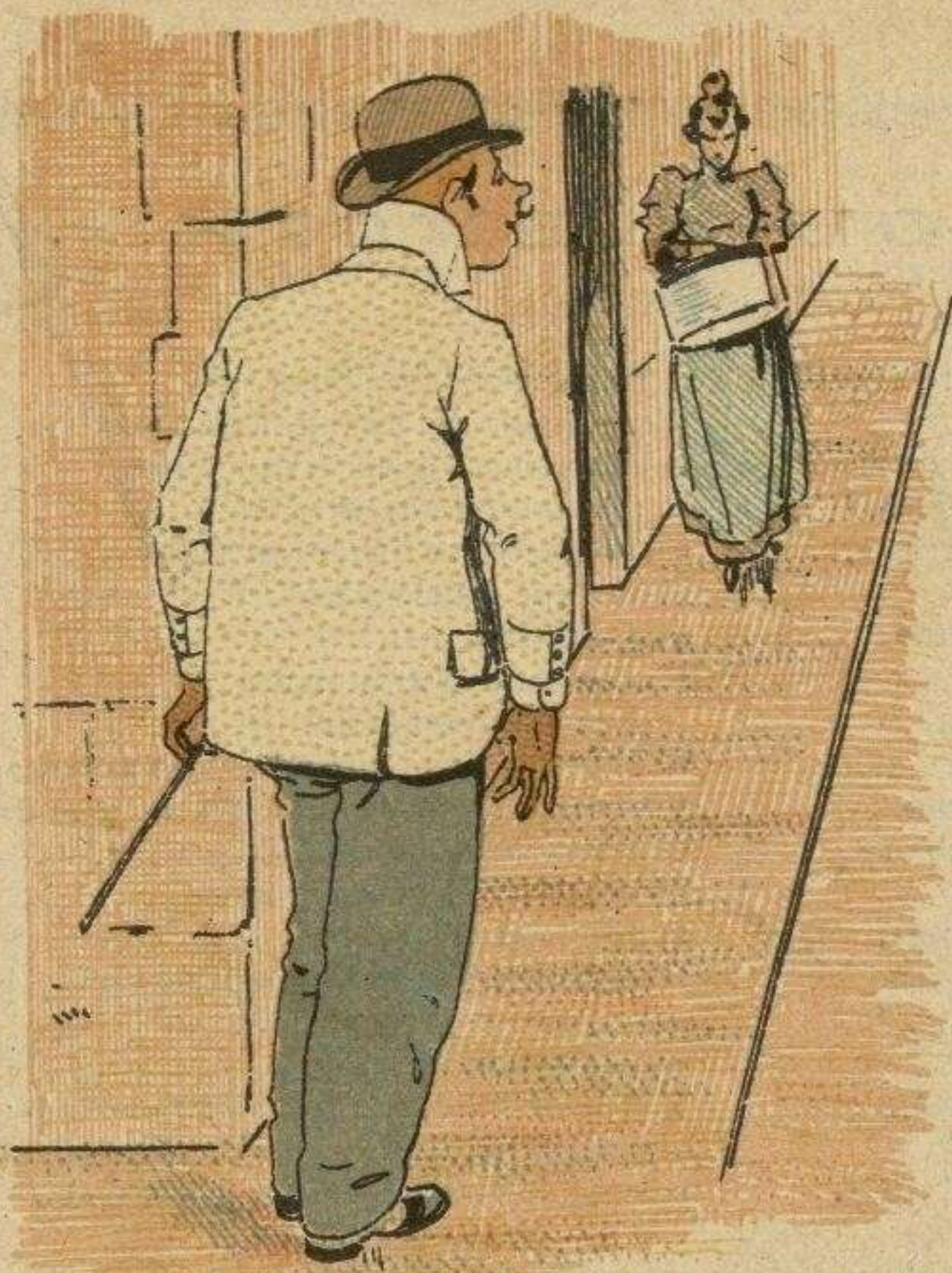
Nuestro padre Adán pecando y no pensando hacer nada... ¡no nos encajó mala empanada!

y si á V. no lo fusilan los *padres de familia* será porque ha elegido un asunto bíblico; que, ¡lo que es por merecerlo!...

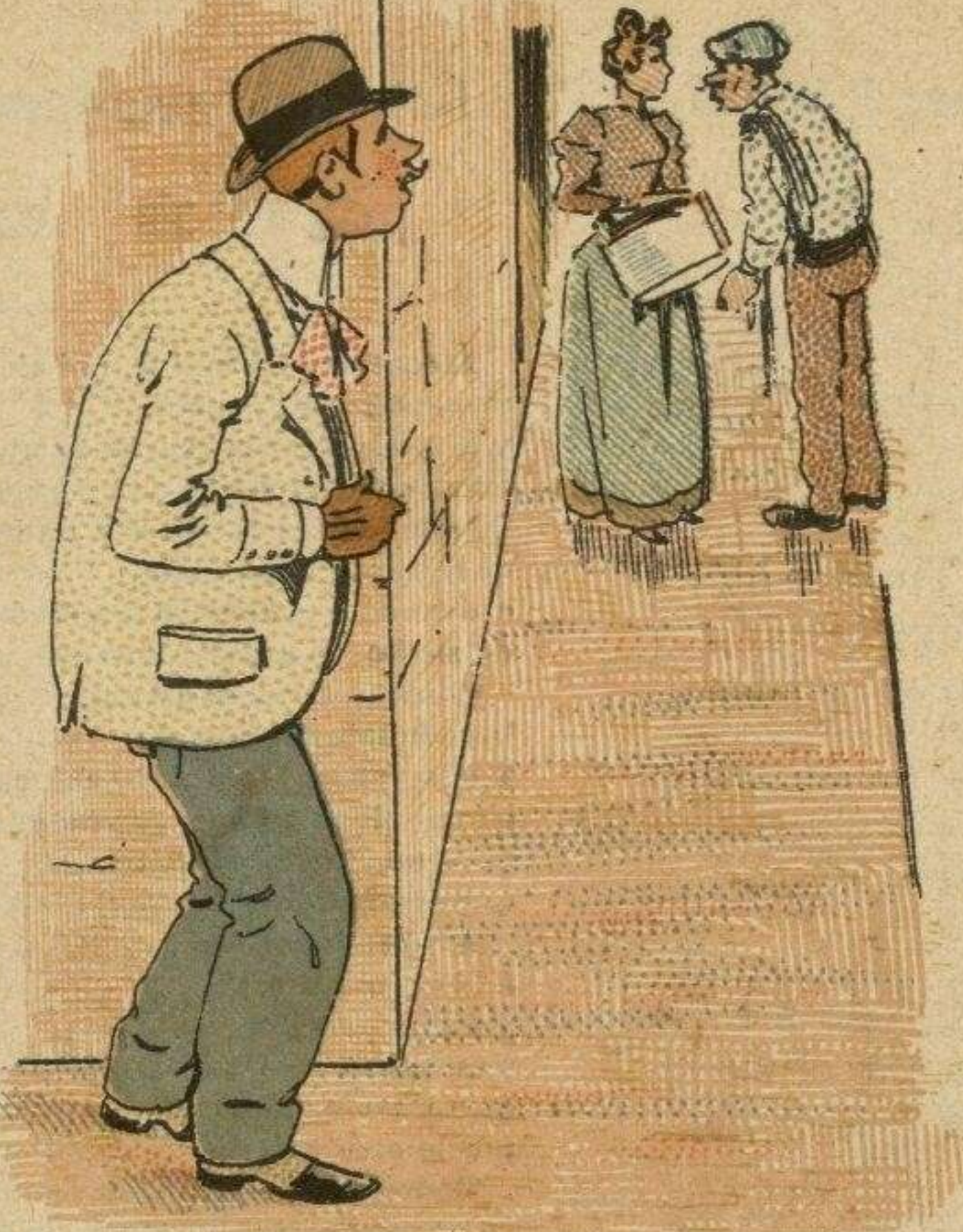
R. R.—*Valencia*.—Eso está escrito con agua de borrajas. No sabe á nada.

(Quedan más cartas por contestar.)

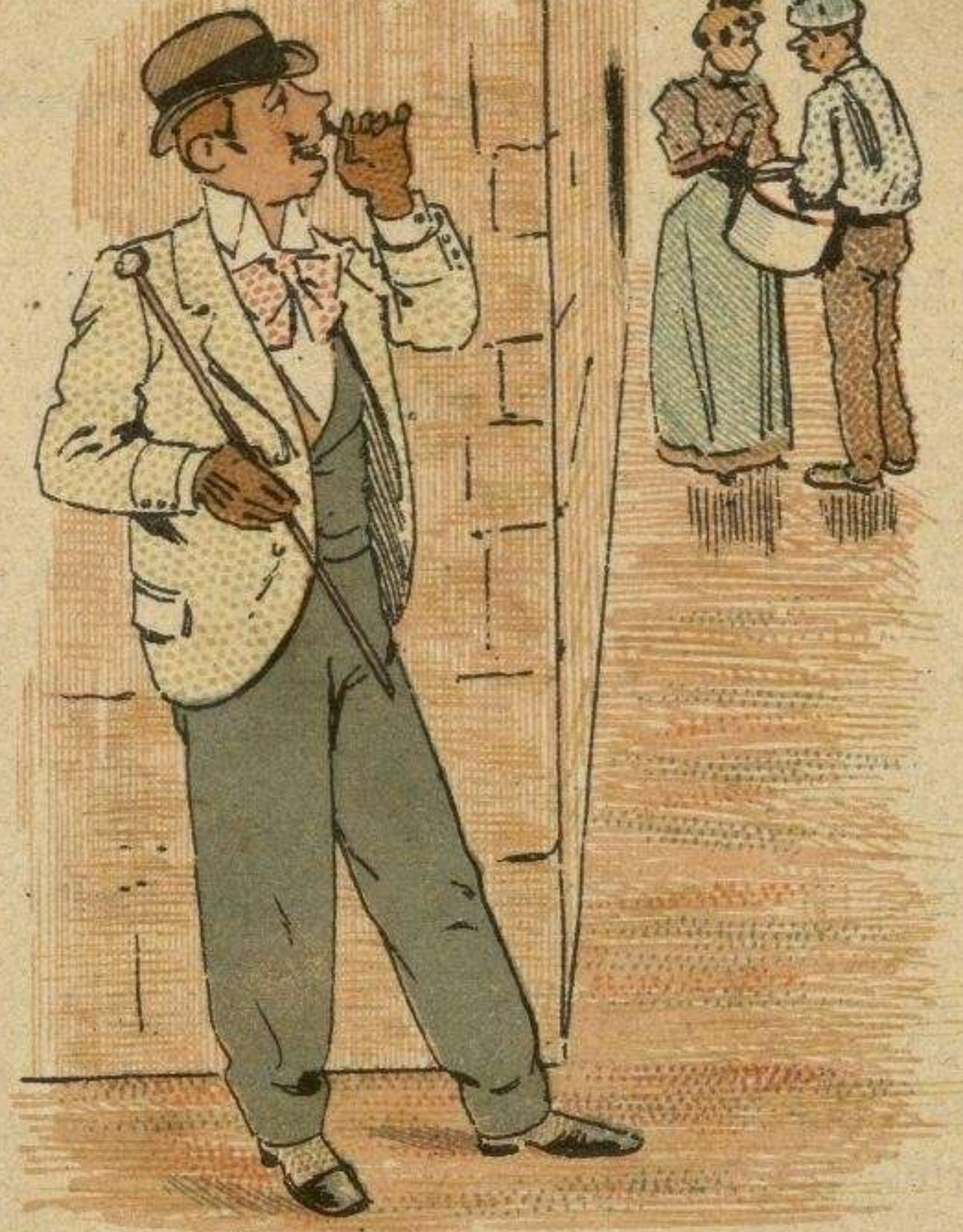




1.—¡Anda! aquí viene Rosa, la planchadora!... pues... ¡menudito abrazo le doy ahora!



2.—Es decir, ahora... escóndete, Canuto; que ese es un aguador, y será un bruto.



3.—¿Todavía están juntos y hablan más? Bueno, bueno, pa'oma... ¡tú vendrás!



4.—Ya se escuchan sus pasos... ¡Decisión, y á cojer por la calva la ocasión!



5.—¡Rica de mi alma! ¡Toma, toma un beso, y ablande yo tu corazón con eso!



6.—¡Yo sí que á tú, pedazo de terrño, te ablandaré los morros con el puño!

## PIANOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

de las mas

AFAMADAS MARCAS



SELECTO SURTIDO

y

exposición permanente de dichos

instrumentos,

GARANTIDOS POR

10 AÑOS



112 DUROS SEMANALES!!

PIANOS SUPERIORES PARA ALQUILAR

AFINACIONES, CAMBIOS Y REPARACIONES

En los grandes y acreditados

ALMACENES Y SALONES

DE

R. MARISTANY

PLAZA CATALUÑA, 12 y 14

CASA DE CONFIANZA



VENTAS AL CONTADO

A PRECIOS BARATÍSIMOS

y á plazos

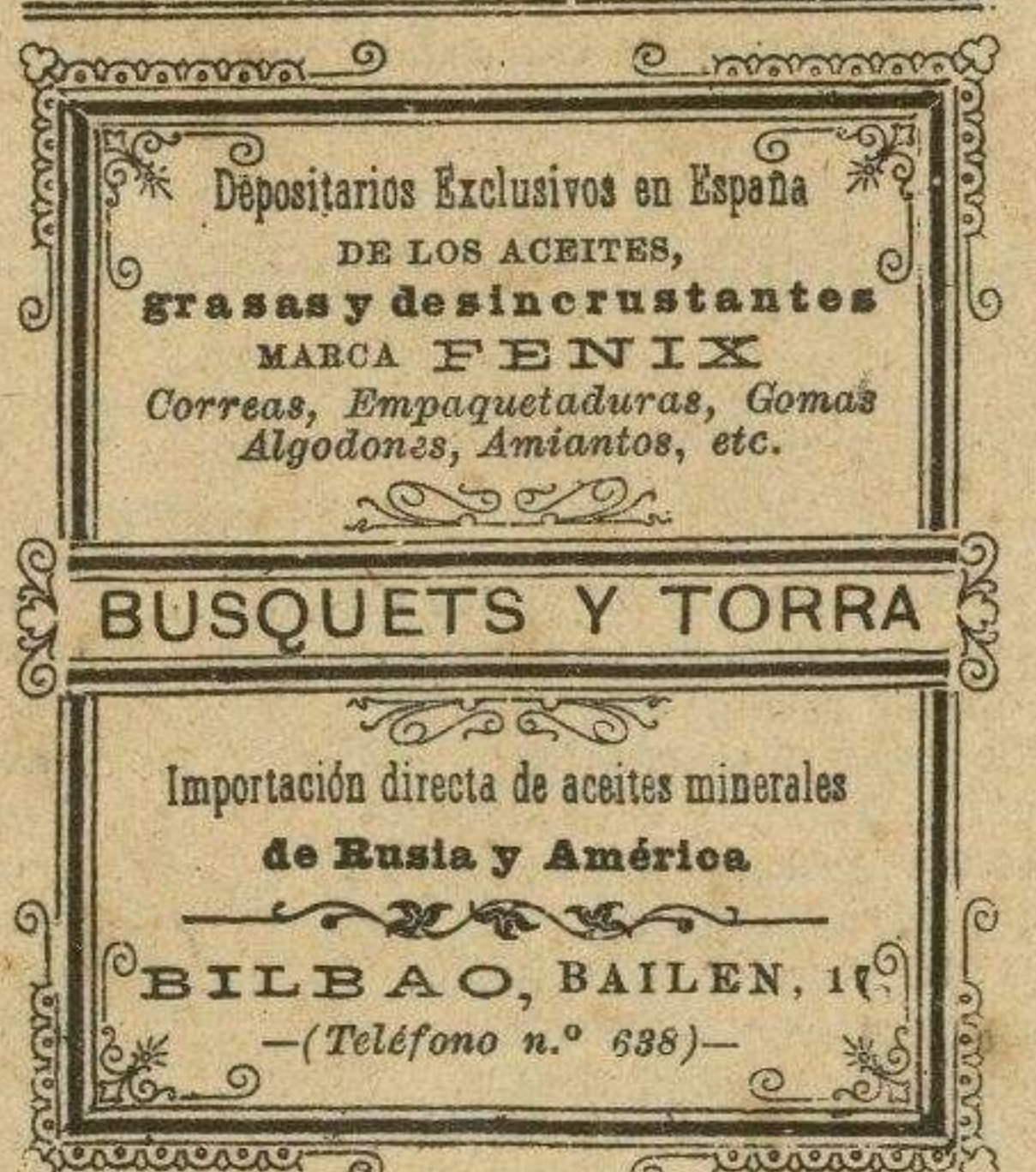
SIN FIADOR

## VERMOUHT UNIVERSAL

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88



## PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero..	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNANDEZ.— MAYOR, 2 y 4

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL.— Calle de Chile, número 2164